PERIÓDICO DEL SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD

Salud Extremadura

SES

SALUD EXTREMADURA PERIÓDICO MENSUAL DEL SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD, DIRIGIDO A TODOS LOS PROFESIONALES DEL SISTEMA SANITARIO PÚBLICO DE EXTREMADURA

Director: Valentín Martín-Pero Aparicio. **Redacción:** Ana García Ortiz. **Consejo de Redacción:** María José Rebollo Ceballos, Elisa Muñoz Godoy, Vicente Alonso Muñoz y Miguel Simón Expósito. **Secretaría:** Avda. de Cristóbal Colón, s/n. Mérida 06800 (Badajoz). Teléfono: 924-382505 y 924-382653. Fax: 924-382742. Correo electrónico: saludextremadura@ses.juntaextremadura.net **Delegados:** José Antonio Sánchez García, Juan Monge Martín, José Antonio González Barra, Miguel Sánchez Ortega, Inés Rey Bellot y José Eugenio Piñero Rodríguez.

Edición: SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD
JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Sanidad y Dependencia

Diseño y distribucción: EDITORIAL EXTREMADURA, S. A.
Impresión: SERVICIO DE IMPRESIÓN DEL OESTE, S. L.
Quedan reservados todos los derechos. Depósito Legal: CC-270/2002

EL MIRADOR

Cuando el dedo señala la luna, el idiota mira el dedo

Hace poco fui a Bilbao. En el avión, mis dos compañeros de viaje [no escogidos, debo decir; bueno, al menos no escogidos por mí sino por la persona que les atendió cuando facturaron] hablaban como si pretendieran que todas las personas que allí estábamos se enteraran de la conversación [yo estaba en el asiento número 7 y el avión tenía unas 30 filas: ¿pueden entender lo fuerte que hablaban?]. Llegó un momento en el que no pude aguantar más, abrí el portátil y me puse los cascos. Aún así los escuchaba, pero no era lo mismo. Antes de ponerme los auriculares y escuchar EL ROCK AND ROLL DE LOS IDIOTAS [Joaquín Sabina y sus secuaces] escuché varias perlas: "yo, en la moto, me pongo el casco porque si me coge la poli la multa asciende a no sé cuántos euros y me quitan no sé cuántos puntos del carnet"; "yo no paso de cientotreinta en autovía porque si me trinca un radar me joden la vida porque yo sin el coche no soy nada". Y así sucesivamente. Mi capacidad de control se puso de manifiesto durante el vuelo: iresistí sin tirarme a sus respectivos cuellos, sin decir ningún improperio y -esto es lo más loable- sin hacerle a cada uno un test de inteligencia. Si se hubieran callado y hubieran dormido les aseguro que hubiera comenzado a creer en Dios.

¿Por qué cuento todo esto? No crean que es sin más una de las miles de cosas que nos ocurren a todos todos los días y que, ya que me han encargado ocupar EL MIRADOR de este periódico, he aprovechado para contar. ¡Qué va! El caso es que esta conversación me dio qué pensar. Mientras iba en el autobús desde el aeropuerto hacia el hotel esta conversación se me tornó reveladora.

El razonamiento de estos dos señores [¿señores? Sí, señores; mis padres me enseñaron bien a guardar las formas] era impecablemente ilógico: me pongo el casco para que no me coja la poli; no paso de cierta velocidad para que no me multen, etc. Estuve a punto de decirles: ustedes no matan para que no les metan en la cárcel, ¿no?

Me cuenta mi amigo Galo -en una de esas ocasiones en las que dejamos divagar la mente y sus miserias- cómo los antiguos, cuando había un nuevo hallazgo científico, una hipótesis fiable sobre la naturaleza, inmediatamente cogían la biblia [perdón: la Santa Biblia] y, si no lo encontraban ahí, no podía ser verdad. ¿Que la tierra es redonda? Espera... Pentateuco, Profetas, Libros de la Sabiduría... Nada de nada. Aquí no lo dice, ergo no puede ser. Y esto me recuerda a la frase de un premio nobel de Economía que murió no hace mucho: "el problema no está en que los hombres acepten nuevas ideas, sino en hacer que pierdan las antiguas". Pero este premio nobel no sabía que tanto una cosa como la otra es difícil.

> ***... tanto los que trabajan en Servicios Centrales como los que trabajan a pie de obra, buscan lo mismo: hacer las cosas bien, hacer lo que creemos que puede ayudar al ser humano.***

"No necesitamos nuevas ideas: necesitamos ideas nuevas", dijo un día un cura en la boda de una de mis hermanas [ya ven qué paradoja: un sacerdote diciendo estas cosas; seguro que sería un "progre", su iglesia lo tendría arrinconado o simplemente se desfogaba sin más participando en los preceptos de la Teología de la Liberación]. Y yo estuve a punto de levantarme y aplaudirle [pero miré a mi padre y pensé "yo de aquí no me muevo"].

Algunos de los que leen este artículo [si alguien se atreve o ha logrado llegar aquí] y yo trabajamos en el sistema sanitario público de Extremadura. Actualmente yo trabajo como coordinador del PIDEX [Plan de Deterioro Cognitivo], pero trabajé diez años como neuropsicólogo en el Hospital Universitario Virgen Macarena, en Sevilla. Siempre pensé en la gran diferencia que había entre los "señores de los Servicios Centrales" y los "profesionales de a pie, los que están atendiendo todos los días a enfermos y todo lo que les rodea". Ahora que trabajo en Servicios Centrales y he dejado de ser un "señor de a pie" [ya no sé ni qué soy], me doy cuenta de ciertas cosas que antes no percibía y sigo afirmándome en otras que pensaba. Pero hay una diferencia: ahora sé que tanto los que trabajan en Servicios Centrales como los que trabajan a pie de obra, buscan lo mismo: hacer las cosas bien, hacer lo que creemos que puede ayudar al ser humano. ¿Excepciones? En los dos lados, sin duda. Pero por lo que he podido ver muchos de nosotros miramos al mismo sitio. Hay un refrán árabe que dice: "cuando el dedo señala la luna, el idiota mira el dedo". Y sí, idiotas hay en todos lados, pero que a nadie se le olvide que están en TODOS LADOS.

Cuando he prestado atención a lo que me han contado médicos de familia, enfermeros, psicólogos, neurólogos, trabajadores sociales y un largo etcétera, me he encontrado con una queja común: "los de ahí arriba no saben lo que hay aquí". Y yo siempre les digo lo mismo: "los de ahí abajo no sabéis tampoco lo que ocurre ahí arriba". ¿Solución? Muchas. La más inmediata es dejar de mirar el dedo, mirar la luna y comunicarnos. Pero sabiendo que el objetivo nunca somos nosotros mismos sino lo que hay detrás de las decisiones: la calidad de vida, el bienestar, el hacer lo que se debe hacer y no otra cosa, tanto por parte de los pacientes como de los profesionales [perder de vista a los profesionales es perder de vista a los usuarios].

Les contaré [ya para terminar; no les aburro más] un secreto que sólo me cuento de noche en sueños [Freud tuvo razón -copiando a Nietzche- cuando dijo que en el sueño se anulaba la voluntad y se permitía el acceso a "lo oculto"]. Me han preguntado mil veces: "¿cómo va el PIDEX? ¿Cómo está saliendo? ¿Se desarrolla como pensastéis?". Y yo me voy a mi casa siempre pensando: ¡y qué más da! Lo importante no es el PIDEX sino los pacientes con demencia y sus familiares; lo importante no es el PIDEX sino los profesionales del sistema público. Y si el PIDEX no es útil, la basura es un buen recurso: yo seré el primero en tirarlo y volver a formular hipótesis. La pregunta es: ¿nos ponemos el casco para que no nos pongan una multa o para no abrirnos la cabeza? Y mi respuesta es: yo no tengo moto [y espero que por muchos años].

Pablo Duque San Juan

Neuropsicólogo

LA GUINDA

Futuro anterior

Ángel Paz Rincón

Crisis, crisis y más crisis. No se habla de otra cosa.

El futuro, antes de ser, ya estaba hipotecado en el término globalización. "¡Globaliza que algo queda!" gritaban todos los gurús y economistas desde los púlpitos sepias de los periódicos.

Ahora que todo está por los suelos, podemos tener una perspectiva privilegiada para el análisis. Veamos algunos aspectos.

Su carácter novedoso no es tal. El capitalismo, desde su inicio hace cinco siglos, ha tratado de extenderse a diestro y siniestro.

Presentar el término como "neutral", "natural", "lógico", "irreversible"... forma parte de la sarta de mentiras que la sociedad anómica y apolitizada ha tragado sin contemplaciones. Los artefactos tecnológicos han tenido influencia determinante en el mundo de la comunicación, pero escasa en otros ámbitos sociales.

La pretendida sociedad postmaterial que parecía emerger, no se corresponde con las guerras actuales por las materias primas y la explotación de los recursos naturales de los países del sur.

La fluctuación vertiginosa de los capitales ha creado muros y trampas infranqueables para la movilidad de las personas.

En este momento, hasta los más neoliberales, están suplicando que sean los Estados los que arreglen el caos. ¿Vuelta al imperialismo económico de los de siempre?

La globalización no ha generado igualdad de oportunidades entre los distintos países. Es una estrategia, aplaudida por los intelectuales irresponsables: macdonalización del mundo apoyada por la mano (¿puño?) invisible de la MacDonnell.

Estos son sus verdaderos efectos: olvido de referentes históricos, culto a los aparatos técnicos de "última generación", legitimación universal de los intereses económicos mediante organismos internacionales nefandos... y, sobre todo, olvido de la discusión en el ágora, en el espacio público.

Ahora que la globalización se ha despatarrado y nos muestra todas sus vergüenzas castiguémosle al ostracismo. Estamos a tiempo para liberar el futuro.